

CAPÍTULO XXV.

Que trata de las extrañas cosas que en Sierra Morena sucedieron al valiente caballero de la Mancha, y de la imitacion que hizo á la penitencia de Beltenebros.

DESPIDIÓSE del cabrero Don Quijote, y subiendo otra vez sobre Rocinante mandó á Sancho que le siguiese, el cual lo hizo con su jumento de muy mala gana. Íbanse poco á poco entrando en lo mas áspero de la montaña, y Sancho iba muerto por razonar con su amo, y deseaba que él comenzase la plática, por no contravenir á lo que le tenia mandado; mas no pudiendo sufrir tanto silencio, le dijo: "Señor Don Quijote, vuestra merced me eche su bendicion, y me dé licencia, que desde aquí me quiero volver á mi casa, y á mi mujer, y á mis hijos, con los cuales por lo menos hablaré y departiré todo lo que quisiere; porque querer vuestra merced que vaya con él por estas soledades de dia y de noche, y que no le hable cuando me diere gusto, es enterrarme en vida: si ya quisiera la suerte que los animales hablaran, como hablaban en tiempo de Guisopete, fuera menos mal, porque departiera yo con mi jumento lo que me viniera en gana, y con esto pasara mi mala ventura; que es recia cosa, y que no se puede llevar en paciencia, andar buscando aventuras toda la vida, y no hallar sino coces y manteamientos, ladrillazos y puñadas, y con todo esto nos hemos de coser la boca, sin osar decir lo que el hombre tiene en su corazon, como si fuera mudo.—Ya te entiendo, Sancho, respondió Don Quijote; tú mueres porque te alce el entredicho que te tengo puesto en la lengua: dale por alzado, y dí lo que quisieres, con condicion que no ha de durar este alzamiento mas de en cuanto anduviéremos por estas sierras.—Sea así,

dijo Sancho; hable yo ahora, que despues Dios sabe lo que será; y comenzando á gozar de ese salvo conducto, digo que ¿qué le iba á vuestra merced en volver tanto por aquella reina Magimasa, ó como se llama? ¿ó qué hacia al caso que aquel abad fuese su amigo ó no? que si vuestra merced pasara con ello, pues no era su juez, bien creo yo que el loco pasara adelante con su historia, y se hubieran ahorrado el golpe del guijarro y las coces, y aun mas de seis torniscones.—Á fe, Sancho, respondió Don Quijote, que si tú supieras, como yo lo sé, cuán honrada y cuán principal señora era la reina Madasima, yo sé que dijeras que tuve mucha paciencia, pues no quebré la boca por donde tales blasfemias salieron; porque es muy gran blasfemia decir ni pensar que una reina esté amancebada con un cirujano. La verdad del cuento es que aquel maestro Elisabat, que el loco dijo, fué un hombre muy prudente y de muy sanos consejos, y sirvió de ayo y de médico á la reina; pero pensar que ella era su amiga, es disparate digno de muy gran castigo: y porque veas que Cardenio no supo lo que dijo, has de advertir que cuando lo dijo ya estaba sin juicio.—Eso digo yo, dijo Sancho, que no habia para qué hacer cuenta de las palabras de un loco; porque si la buena suerte no ayudara á vuestra merced, y encaminara el guijarro á la cabeza como le encaminó al pecho, buenos quedáramos por haber vuelto por aquella mi señora, que Dios cohonda; pues montas que no se librara Cardenio por loco.—Contra cuerdos y contra locos, está obligado cualquier caballero andante á volver por la honra de las mujeres, cualesquiera que sean, cuanto mas por las reinas de tan alta guisa y pro como fué la reina Madasima, á quien yo tengo particular aficion por sus buenas partes; porque, fuera de haber sido hermosa, además fué muy prudente y muy sufrida en sus calamidades, que las tuvo muchas, y los consejos y compañía del maestro Elisabat le fué y le fueron de mucho provecho y alivio para poder llevar sus trabajos con prudencia y paciencia, y de aquí tomó ocasion el vulgo ignorante y mal intencionado de decir y pensar que ella era su manceba; y mienten, digo otra vez, y mentirán otras docientas todos los que tal pensaren y dijeren.—Ni yo lo digo, ni lo pienso, respondió Sancho; allá se lo hayan, con su pan se lo coman: si fueron amancebados ó no, á Dios habrán dado la cuenta: de mis viñas vengo, no sé nada, no soy amigo de saber vidas ajenas, que el que compra y miente en su bolsa lo siente: cuanto mas, que desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano; mas que lo fuesen ¿qué me va á mí? y muchos piensan que hay tocinos, y no hay estacas; mas ¿quién puede poner puertas al campo? cuanto mas que de Dios dijeron.—¡Válame Dios, dijo Don Quijote, y qué de necedades vas, Sancho, ensartando! ¿Qué va de lo que tratamos á los refranes que enhilas? Por tu vida, Sancho, que calles, y de aquí adelante entremétete en espolear á tu asno, y deja de hacello en lo que no te importa; y entiende con todos cinco sentidos, que todo cuanto yo he hecho, hago é hiciere, va muy puesto en razon y muy conforme á las reglas de caballería, que las sé mejor que cuantos caballeros las profesaron en el mundo.—Señor, respondió

Sancho, ¿y es buena regla de caballería que andemos perdidos por estas montañas sin senda ni camino, buscando á un loco, el cual, despues de hallado, quizá le vendrá en voluntad de acabar lo que dejó comenzado, no de su cuento, sino de la cabeza de vuestra merced y de mis costillas, acabándonoslas de romper de todo punto?—Calla, te digo otra vez, Sancho, dijo Don Quijote, porque te hago saber que no solo me trae por estas partes el deseo de hallar al loco, cuanto el que tengo de hacer en ellas una hazaña con que he de ganar perpétuo nombre y fama en todo lo descubierto de la tierra; y será tal, que he de echar con ella el sello á todo aquello que puede hacer perfeto y famoso á un andante caballero.—¿Y es de muy gran peligro esa hazaña? preguntó Sancho Panza.—No, respondió el de la Triste Figura, puesto que de tal manera podia acorrer el dado, que echásemos azar en lugar de encuentro; pero todo ha de estar en tu diligencia.—¿En mi diligencia? dijo Sancho.—Sí, dijo Don Quijote; porque si vuelves presto de adonde pienso enviarte, presto se acabará mi pena, y presto comenzará mi gloria; y porque no es bien que te tenga mas suspenso esperando en lo que han de parar mis razones, quiero, Sancho, que sepas que el famoso Amadis de Gaula fué uno de los mas perfetos caballeros andantes. No he dicho bien fué uno; fué el solo, el primero, el único, el señor de todos cuantos hubo en su tiempo en el mundo. Mal año y mal mes para Don Belianis, y para todos aquellos que dijeren que se le igualó en algo, porque se engañan juro cierto. Digo asimismo que, cuando algun pintor quiere salir famoso en su arte, procura imitar los originales de los mas únicos pintores que sabe; y esta misma regla corre por todos los mas oficios ó ejercicios de cuenta que sirven para adorno de las repúblicas; y así lo ha de hacer y hace el que quisiere alcanzar nombre de prudente y sufrido imitando á Ulises, en cuya persona y trabajos nos pinta Homero un retrato vivo de prudencia y de sufrimiento, como tambien nos mostró Virgilio en persona de Eneas el valor de un hijo piadoso, y la sagacidad de un valiente y entendido capitan, no pintándolos ni describiéndolos como ellos fueron, sino como habian de ser, para dejar ejemplo á los venideros hombres de sus virtudes. Desta misma suerte Amadis fué el norte, el lucero, el sol de los valientes y enamorados caballeros, á quien debemos de imitar todos aquellos que debajo de la bandera de amor y de la caballería militamos. Siendo pues esto así como lo es, hallo yo, Sancho amigo, que el caballero andante que mas le imitare estará mas cerca de alcanzar la perfeccion de la caballería; y una de las cosas en que mas este caballero mostró su prudencia, valor, valentía, sufrimiento, firmeza y amor, fué cuando se retiró, desdeñado de la señora Oriana, á hacer penitencia en la Peña Pobre, mudando su nombre en el de Beltenebros; nombre por cierto significativo y propio para la vida que él de su voluntad habia escogido: así que me es á mí mas fácil imitarle en esto, que no en hender gigantes, descabezar serpientes, matar endriagos, desbaratar ejércitos, fracasar armadas y deshacer encantamentos: y pues estos lugares son tan acomodados para semejantes efectos, no hay para qué